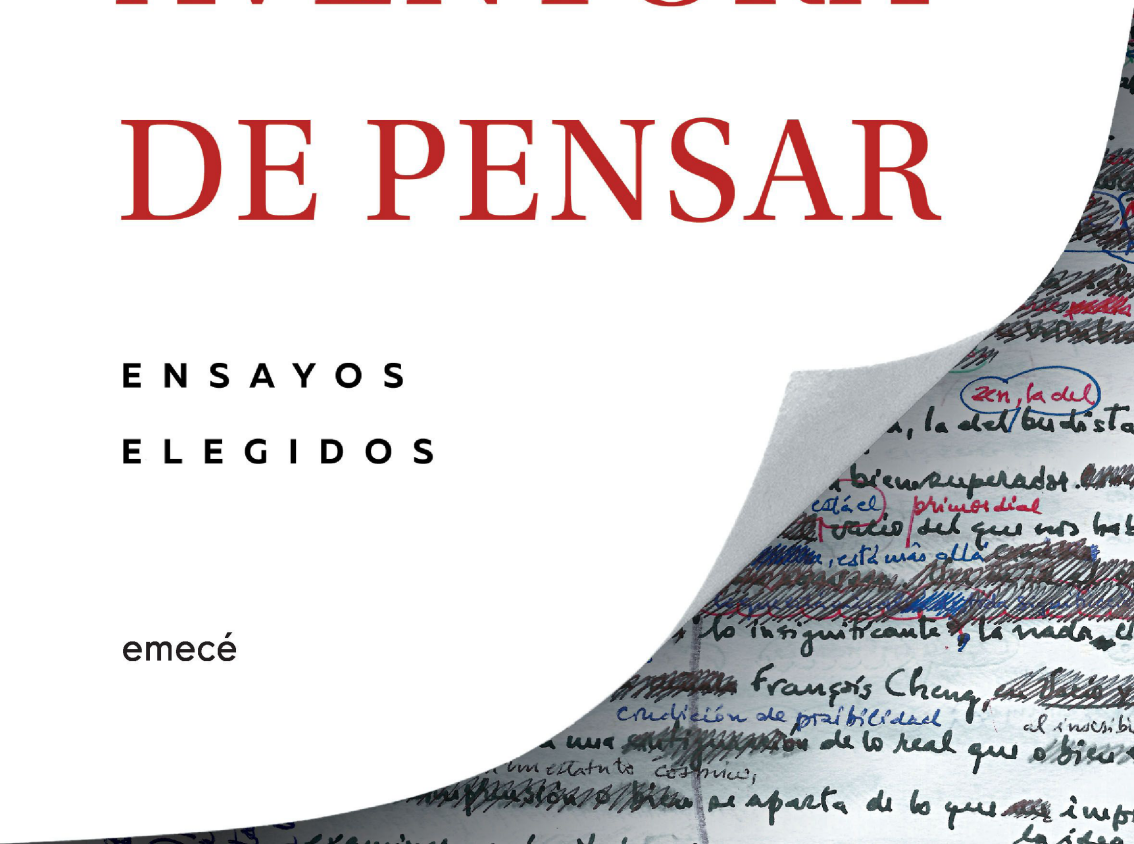


SANTIAGO KOVADLOFF

LA AVENTURA DE PENSAR

ENSAYOS
ELEGIDOS

emecé



Santiago Kovadloff

La aventura de pensar

Ensayos elegidos



En el umbral

Escribir ensayos es estar condenado a la práctica de un arte hecho de digresiones y tanteos constantes cuya paradójica consistencia es mayor cuanto más alejado esté ese arte de la presunción de certeza o de los costosos fervores del dogmatismo.

En el ensayo, quien escribe traza la biografía de sus más íntimas oscilaciones; de pasiones que se resisten a callar ante la embestida del prejuicio; de razones que se enardecen ante la estrechez de los convencionalismos dominantes; de emociones que se niegan a inscribirse en los carriles que, para el corazón, proyectan el miedo y la rigidez.

El ensayo es, entre los géneros literarios, el de perfiles más evasivos. Su estructura, una vez consumada, resulta inconfundible. Pero las reglas o, más flexiblemente, los criterios que permiten configurar esa estructura no suelen dejarse ordenar en una preceptiva o en un haz de principios orientadores. Su triple demanda de brevedad, transparencia y tono conjetural —requisitos indispensables de su encanto— conforma la dificultad habitual con que tropiezan muchos de sus oficiantes. Por mi parte, solo puedo justificar la persistencia en el cultivo de un arte que me excede, escudándome en la convicción de que nadie elige la forma en la que habrá de expresarse sino que, en cierta medida, se encuentra condenado a ella.

Un escritor, me parece, es alguien que está a merced de una o dos ideas dominantes; de una o dos vivencias hegemónicas que consumen su imaginación creadora y lo fuerzan a acatar, una y otra vez, su mandato. Esa obsesión, esa constante, suele tomar, en el orden literario, muchas formas y diversidad de perfiles en el plano argumental. Es la variedad la que asegura, al sentido latente, su predominio.

Pero el ensayista no es un apólogo de lo variado. No le interesa ni todo lo que ve ni todo lo que pasa, sino que, en todo lo que ve y en todo lo que pasa, encuentra lo que desde siempre le interesa.

Desearía, por eso, que la unidad de un libro como este no se buscara en los temas que inspiraron su redacción sino en los motivos por los cuales esos temas terminaron importándose. Quiero creer que en la pluralidad de asuntos que se abordan podrá presentirse, al menos, la intención convergente con que se los trata.

Una cultura de catacumbas

A fines de 1975 renuncié a la cátedra universitaria.

En mi casa abrí un centro de estudios privados donde la relativa precariedad de recursos de infraestructura se veía compensada por una considerable libertad expositiva. Consuelo que no es pequeño para quienes en la Argentina hemos decidido seguir enseñando fuera del ámbito universitario.

Organicé dos programas: uno de filosofía del arte y otro de sociología de la literatura que desarrollé paralelamente al trabajo con jóvenes escritores, a propósito de sus propias obras.

Un año bastó para que me viera convertido, como tantos otros intelectuales —entre los que se encuentran psicólogos, antropólogos, historiadores, psicoanalistas y sociólogos— en un portavoz más de lo que propongo llamar «cultura de catacumbas».

Designo así al trabajo creador que no tiene marco institucional: florece (y muchas veces se marchita) fuera de las universidades, lejos de los poderosos medios de comunicación masiva; desconoce los atributos del debate abierto y toda clase de apoyo académico o aliento oficial. Inversamente, se nutre del contacto en pequeños grupos, de la polémica a media voz, de la pasión por la verdad y la discusión entre cuatro paredes.

Argumentalmente, distingue a la cultura de catacumbas la reflexión sustentada por diversos ideales. La convicción más general que los vertebral es la de que la realidad nacional debe ser un campo de indagaciones críticas, no de afirmaciones dogmáticas. Los que habitamos las catacumbas de la cultura argentina concebimos al país como una tarea. No como el escenario de aplicación de definiciones apriorísticas acerca de qué sea o convenga que sea «el ser nacional», la historia, la tradición o el presente. Entendemos que no puede haber cultura, en sentido cabal, donde no se hace explícita la función de la ideología en la creación de valores, las alternativas de las luchas sectoriales en la constitución de nuestra identidad, la incidencia de los procesos sociopolíticos en la orientación estética de público y artistas, el papel de la dependencia económica en la vertebración del cuerpo comunitario y en la conformación espiritual de nuestra condición latinoamericana.

Los postulados de la cultura de catacumbas se caracterizan, además, por su alto grado de tolerancia a la complejidad que en el presente revisten los fenómenos estudiados y, en consecuencia, por un concepto de verdad que no puede crecer de espaldas a ella. Tales fenómenos abarcan, como queda dicho, el espectro total de manifestaciones sociales que conforman la vida cultural argentina. Sin embargo, el cuerpo de investigadores y estudiosos que se ocupa de él está lejos de integrar una unidad institucional o una corporación formal de trabajadores intelectuales. Somos hombres y mujeres que vamos aprendiendo a reconocernos en el transcurso del tiempo sobre la base de tres características mínimas: a) casi todos somos exdocentes universitarios; b) todos nos dedicamos a alguna forma de enseñanza privada que nos mantiene en contacto con los problemas que nos importan; c) todos creemos que debemos proseguir, de una u otra manera, nuestra labor creadora porque en esa resistencia al avasallamiento padecido vemos no solo una forma de derrotar el desaliento, sino también de preservar el espíritu crítico y el don de la convivencia. En este último sentido, vale la pena aclarar que no se trata de mantener «en conserva» una cultura heredada de tiempos menos desventurados que los que corren, a la manera de quien preserva una reliquia fascinante e inútil. Se trata, en cambio, de partir de las conquistas logradas en aquellos momentos hacia una comprensión lo mejor fundada que sea posible de los rasgos totalitarios del sistema en que vivimos, a fin de intentar extraer de esa comprensión nociones que nos ayuden a entender cómo hemos venido a parar adonde hoy estamos y cómo podríamos, con suerte y paciencia, contribuir a que un día las cosas cambien. Buscamos, en suma, los medios y el modo que impidan que esta época difícil de vivir se convierta, irremediablemente, en un tiempo que nos disuada de pensar.

En las actuales condiciones del país, la enseñanza impartida en las catacumbas no es índice, apenas, de nuestra fortaleza. También lo es de nuestra precariedad. Quienes estamos en ellas sabemos qué serios son los obstáculos creados —muy a su pesar— por el propio alumnado y no solo por quienes impugnan nuestras enseñanzas. La muchachada carece, casi completamente, de experiencia cívica. El grado de desinformación política es alarmante. La comprensión de nuestra historia nacional, nula en casi todos. Tantas estrecheces, y aun otras más, hacen que la vocación intelectual tienda —en principio— a remontarse como necesidad de un individualismo extremo; de un temperamento inconsciente de su enajenación social. En el grueso del alumnado puede palpase la desorientación de una sensibilidad ciudadana que no encuentra el cauce de su desarrollo maduro. Para colmo —y no son estos, por cierto, expresión de la cultura de catacumbas— abundan los centros de trabajo cuyos líderes fomentan, con franco entusiasmo, la visión del intelectual como un ser desaparegado de los conflictos del pueblo, distante de las preocupaciones colectivas e inmerso en una soledad santificada por la especialización y una hondura

inaccesibles al «vulgo». Este no es, claro, un mal de la cultura de catacumbas pero es, en cambio, un cáncer de la cultura oficial.

El mal que acecha a la cultura de catacumbas es otro y no menos grave. Yo diría que el riesgo que ella corre es el de la macrocefalia. Su crecimiento desmedido debiera encararse como un síntoma inquietante y no como un indicio auspicioso. La razón es esta: en la Argentina actual, la cultura de catacumbas es sucedánea de una vida universitaria saludable, creadora, venturosa.

Si la universidad nacional fuera lo que debió y aún debe ser, los centros de trabajo intelectual que hoy dan vida a la cultura de catacumbas serían su módico complemento, nunca su reemplazante.

Hay quienes celebran la multiplicación de estos sitios de expresión y formación que dan vida a la cultura de catacumbas proponiéndolos como prueba del vigoroso aliento creador de la República pero olvidando que ese aliento se hace sentir en un país donde la universidad ha dejado de respirar. Ocurre en este orden de cosas lo que en otro más rústico pero aleccionador: el de los gallineros. Allí es posible ver, de vez en cuando, los cuerpos decapitados de las aves que corren a ciegas.

Durante algunos minutos hay vida y hasta vigor en esa danza siniestra. Pero las cabezas guillotinadas que reposan unos metros más allá anticipan, con su muerte instantánea, la de esos cuerpos que prolongan una agonía sin remedio.

Los centros de expresión y reflexión que al margen de la universidad proliferaron en la Argentina de la década del setenta y que, al parecer, se multiplicarán aún más en los años ochenta, solo cumplirán su misión cabalmente si en ellos se fomenta la necesidad de retorno a una comunidad democrática. De lo contrario, absorberán por un tiempo más la calidez de un sol que ya no brilla pero no podrán perpetuar ese calor.

No debemos ignorar que el país que propició la riqueza distintiva de la cultura de catacumbas no es el país en que se verifica su práctica crecientemente. O este país termina sin la cultura de catacumbas o la cultura de catacumbas contribuye a terminar con él.

Si quiere tener sentido vivificante, el magisterio ejercido en las catacumbas de la educación nacional deberá desembocar en una actividad universitaria plenamente reconstituida. Y ello solo es posible mediante la normalización de nuestra vida constitucional.

Mientras la Universidad esté consagrada a olvidar el país, nosotros, desde las catacumbas, nos dedicaremos a recordarlo. Pero ese recuerdo tendrá la validez que le confiera la savia llegada desde afuera. Cuando este suministro cese, cesará también la vida en la cultura de catacumbas: nos anquilosaremos irremediabilmente y la atrofia se adueñará de nuestras enseñanzas. Entonces ya no seremos un espacio en el que preservamos la simiente de un desarrollo eventual sino el sepulcro donde esa simiente terminó de secarse.

1982

Las manos del miedo

La noticia cundió: golpeaban a la puerta inesperadamente. Se anunciaban con seco autoritarismo. Apersonándose en grupos de cuatro o cinco mientras sus camiones aguardaban en la calle, decían buscar literatura prohibida. Tenían orden de revisar las bibliotecas de la casa, los armarios, los sótanos, si los había. Cuando encontraban obras impugnadas o impugnables, se las llevaban. Junto con las obras, a sus lectores. No querían escuchar explicaciones ni excusas. Los títulos secuestrados eran prueba suficiente del delito.

El temor se apoderó de todos. Había que destruir sin vacilaciones cuanto pudiera servir de pretexto al avasallamiento. Se equivocaba la mayoría que presumía estar a salvo por no guardar en sus estantes materiales de expresa orientación marxista. Igualmente riesgosos, según todo lo evidenciaba, eran –por su sola estirpe– los estudios sociológicos, los tratados de filosofía política, las monografías histórico-económicas sobre el dudoso desarrollo continental, los documentos eclesiásticos que impugnaban la injusticia social o las inclemencias del totalitarismo y las obras políticas de cualquier orientación partidaria que denunciaran la vigencia de criterios colonialistas en las relaciones impuestas por las potencias occidentales a las naciones subyugadas de América latina.

Cualquiera de las variantes contenidas por este abanico temático bastaba para exponerse al encarcelamiento inmediato. No había, por lo tanto, tiempo que perder: era imprescindible barrer los estantes de riesgos eventuales.

El miedo cumplió su faena. Muy pronto la desesperación desplazó a la prudencia y el último atisbo de sensatez se evaporó bajo la coerción de una rígida autocensura. Con el corazón cargado de angustia se inició entonces el penoso ritual de la vergüenza. En mitad de la noche o a la luz plena del día, desmantelamos nuestras bibliotecas. Sin mirarnos a la cara, de espaldas a nuestros hijos, hicimos pedazos decenas de ensayos, novelas, biografías, cuentos y poemas en los que pudiera asomar el menor atisbo de conciencia social o inquietud política. A nuestros pies, como cenizas de un tiempo mejor, se iban acumulando las que un día habían sido páginas queridas, renglones que subrayamos con fervor, conceptos e imágenes

que habían contribuido al ensanchamiento de nuestra formación, al despliegue de nuestra sensibilidad, al fortalecimiento de nuestra inteligencia y de nuestro amor a la libertad. Nada nos detenía. El eco de cualquier paso en las horas del alba era el eco de sus pasos. El silencio más denso escondía la amenaza más agobiante y el horror de la opresión se respiraba sin esfuerzo y sin pausa. Los que habían sido libros no eran ya sino trozos de papel. Y esos trozos de papel pasaron a abultar las bolsas de basura, y las bolsas de basura ardieron en las llamas de nuestros jardines, en los depósitos de nuestros incineradores, en las bocas de nuestros inodoros, cuando no fueron sepultadas en la tierra, lejos de nuestros hogares.

Una penosa complicidad creció entre nosotros: nos hermanaba la humillación de haber quemado nuestros libros. Y sin embargo no vacilábamos en justificarnos. ¿Qué podríamos haber hecho sino hacer lo que hicimos? Los años setenta se agotaban en un mar de barbarie, de desaciertos e incertidumbres. La vida de un hombre volvía, como en tiempos remotos, a valer casi nada; y la de un lector sospechoso, simplemente nada. Era inútil arriesgarse a morir por la preservación de los libros que amábamos y asfixiante vivir en un país que aconsejaba quemarlos. Pero de ese país también formaba parte otra dimensión de nosotros ya que no solo éramos los destructores de sus libros; éramos, asimismo, los testigos de lo que pasaba y de lo que hacíamos, y en relación al futuro éramos la memoria posible de las grandes enseñanzas democráticas aprendidas en las páginas que habían ardido. Por eso no lo dudábamos: la escenografía debía estar preparada para cuando ellos llegasen. No debía haber un único indicio que delatara vocación republicana, admiración por el Estado de derecho, pasión por el estudio crítico de nuestra realidad.

El menos relevante de tales indicios sería, a los ojos de nuestros inquisidores, señal de desobediencia. Esos ojos no debían tropezar con nada que los irritase. Debían deslizarse a través de los títulos de nuestras bibliotecas con la secreta complacencia de quien se sabe obedecido y verifica la radicalidad del acatamiento logrado. Incluso los estantes demasiado nutridos podrían resultar sospechosos. Ya no importaba lo que contuviesen. El riesgo consistía, sencillamente, en que se los viese repletos de libros. No faltaron, por eso, quienes redujeron rápida e indiscriminadamente su caudal bibliográfico, siguiendo, en este caso, un criterio primordialmente cuantitativo. Ningún síntoma —se concluyó— resultaría más revelador de la buena salud cívica exigida por las circunstancias que una biblioteca raleada.

Pero tampoco faltaron quienes se resistieron al padecimiento pasivo de esa embestida irracional que forzaba al exterminio de los libros. Y prefirieron ocultarlos a destruirlos. Pensaron que hay daños morales irreversibles. Los volúmenes quemados bien podrían, en un futuro, reponerse. Pero los hombres que los quemaban, ¿podrían reponerse? Para los muchos que estimaron que no, el peligro que acechaba era, por lo tanto, doble: si no

ocultaban su pasión por el pensamiento, corrían el albur de desaparecer para siempre, arbitrariamente identificados con los voceros del terrorismo de izquierda gracias a esa trágica premisa de la lógica totalitaria según la cual el nihilismo antioccidental y el amor al saber son sinónimos. Por otra parte, si destruían sus libros se convertían ante sí mismos no solo en cómplices de la sinrazón sino en bárbaros a quienes la conciencia de la propia bajeza no perdonaría jamás. Optaron, entonces, por desplazarse con sus libros a otros sitios: lejos de sus casas, lejos de sus ciudades, lejos de sus provincias, lejos de su país. Porque también se emigró para poder seguir leyendo. Y no la folletería retórica de la guerrilla —con sus consignas de fraternidad impostada y su promoción del apocalipsis como escuela de redención—, sino auténtica literatura. La que concibe la historia como estímulo a la creación constante, como tarea siempre incumplida que nos impone la necesidad de una vigilia crítica indeclinable para evitar que la ley —sin la cual no podemos vivir— se transforme en el dogma que no nos deja vivir. De esa literatura, en suma, asentada en la convicción de que sin cultura puede haber demografía pero no ciudadanía.

Así nacieron auténticas bibliotecas subterráneas. Ellas preservaron de las llamas obras que hoy demuestran la versatilidad y la riqueza de los intereses intelectuales de los argentinos, tanto como la ya pretérita solidez de una industria editorial que fue paradigmática en el mundo de habla hispana y cuyos títulos, por otra parte, harían sonreír a cualquier desavisado si se le dijera que por tenerlos incorporados a una estantería se rozó la posibilidad de ir a parar entre rejas, o a la sala de torturas.

La curiosidad de muchos hurgadores de librerías cede hoy a la emoción cuando, en alguna mesa de saldos, tropieza inesperadamente con un volumen familiar. Las manos lo toman, acarician su lomo; los ojos advierten el leve barniz amarillento que ennoblece los bordes de sus páginas y entonces, en un susurro doliente, cada uno de esos lectores se dice: «Yo quemé un ejemplar de este libro».

Hoy sabemos tan bien como entonces que en aquellos días aún no lejanos centenares de nosotros fuimos cómplices de quienes desataron esa ola de salvajismo. No quisimos contribuir al exterminio de nuestra generación arriesgándonos a morir por nuestros libros, y entiendo que hicimos bien. Pero ya es hora de verificar si somos capaces de vivir en consonancia con los ideales democráticos que esos libros quemados nos ayudaron a forjar, cuya maduración y ejercicio exige una radical autocrítica por parte de todos nosotros. No creo que podamos rendirles mejor homenaje póstumo. Ni que haya mejor manera de evitar a nuestros hijos que mañana, mientras duerman sus propios niños, deban alzarse en la noche para destrozar, con las manos del miedo, los símbolos más hermosos de la libertad espiritual.

La piel de la amargura

Un ciclo de cultura autoritaria pareciera estar agotándose en el país. Sus rasgos son bien conocidos. Los enmarca la razón que da la fuerza pero no la fuerza que da la razón.

Para reinar como quiere, su palabra exige silencio y sumisión. No tolera la polémica. Es incapaz de concebir su propuesta como una posibilidad entre otras. La desespera y humilla ser, apenas, una alternativa. Impaciente y sedienta de rigidez y verticalidad, reivindica para sí los títulos apostólicos de la verdad absoluta. Es engreída, despectiva, autosuficiente y arbitraria, y cuando ha conquistado el cetro no vacila en aplicar la represión allí donde se la desoye, ni en recurrir al asesinato cuando presente su seguridad comprometida por quienes se empecinan en negarla.

La cultura autoritaria ha poblado las cárceles y vaciado las escuelas. Multiplicó los cementerios y exterminó los centros de trabajo. Alentó el éxodo, fomentó el hambre, diseminó la desesperación y el escepticismo. Y supo transformar el amor en odio y la fe en resentimiento.

Como un eco terrible y prolongado, la voz de la cultura autoritaria se difundió en las calles de la ciudad vacía. Extasiada con la eficacia de sus recursos disuasivos, se demoró contemplando la desertión de la inteligencia en las casas de altos estudios, y recorrió gozosa —con una fusta en la mano enguantada— los anaqueles vacíos de las bibliotecas.

Complacida, la cultura autoritaria evaluó al detalle las secuelas de la censura en la opinión de los más osados; el espesor de las formas del miedo que sepultaron la voluntad crítica; la densidad del descreimiento, el envilecimiento de fábricas y campos; el desierto que cubría, palmo a palmo, el suelo del país.

Bajo sus suelas agonizaban en un mismo lodo el criminal, el obrero, el ladrón, el estudiante y el poeta. La cultura autoritaria no vaciló en definirlos como distintas expresiones de una misma inmundicia; cabezas múltiples de una sola y hábil hidra: la del comunismo internacional.

Sí, la cultura autoritaria posee la razón que da la fuerza. Pero la fuerza, tarde o temprano, muerde con ferocidad su propia cola y sangra por la herida inesperada y, como dijo el novelista, el patriarca se consume en la agonía de su propio otoño.

La cultura autoritaria contempla hoy, azorada, el resquebrajamiento de su propia imagen; huele, desconcertada, su podredumbre y no acierta a explicársela. Su altivez le impidió creer que sus contradicciones la devorarían, y sin embargo la devoraron. Su ceguera la indujo a presumir que ella era el eje de la nacionalidad y descubrió, en cambio, que es el vértice de su esterilidad más pronunciada. Como Dorian Gray en el momento postrero, reconoció en el retrato las huellas hondas de su propio envilecimiento, quiso negar lo que veía, embistió contra su imagen puñal en mano y terminó por hundirlo en su propio corazón.

Hija de su pobreza, la cultura autoritaria esconde ahora los harapos de su retórica con manos que denuncian su miseria, y cada uno de los gestos con que intenta ocultar sus vergüenzas no logran sino resaltarlas. Un ciclo más de cultura autoritaria pareciera estar agotándose en el país. Pero quienes no la promovimos ni la respaldamos tenemos la ropa roída por la mugre de la convivencia a que ella nos forzó. Hemos respirado el aire fétido que expulsaban sus pulmones. Hemos bebido el agua sucia de sus arroyos. No supimos, no pudimos impedir que tanta imbecilidad y tanta mentira contaminaran nuestra mejor voluntad cívica, y hoy empezamos a emerger del infierno enfermos de desaliento, agobiados por la desorientación, con la mirada desorbitada de los locos, de los torturados, de los hambrientos, de los solitarios y los miserables sobrevivientes.

¿Con qué manos construiremos la cultura de la libertad? ¿En qué suelo de qué convicciones se asentarán con firmeza nuestros talones para alzar las paredes de la casa en la que debiéramos vivir?

Nuestras manos tiemblan de desconfianza. Medimos cada palabra. Las ventanas, dicen, comenzarán a abrirse. Pero aún sospechamos que hay fusiles detrás de cada ventana. ¿Habrá cambiado de máscara la bestia? ¿Mueca burlona de quién es esa sonrisa solidaria? ¿Qué nuevas tragedias anuncia la presurosa transformación del decorado?

¿Y los muertos? ¿Dónde están los muertos? ¿Seguiremos oyendo orinar sobre sus tumbas? ¿Cuántos son los nombres de los hombres tronchados que hoy solo son una sombra en boca de pocos?

Las viejas voces del salvajismo cambian de entonación, suavizan su timbre, se afinan, piden olvido. El olvido no se alcanza con la promoción de un edicto. Una cultura sana no puede olvidar sino cuando, previamente, ha recuperado sus traumas con toda conciencia, para luego digerir, madura y lentamente, sus duros efectos.

Si no hay lúcida superación del dolor, si solo se lo soslaya y se lo niega, el dolor lo envenenará todo. No podemos refundar la nación de espaldas a su ruina. Hay que mirar de frente las piedras quemadas, los nombres calcinados, los rostros de la bajeza, la saga atroz del error y la tiranía.

¿O no habrá escarmiento? ¿O los barones se replegarán sobre sus feudos para restaurar el filo de sus espadas antes de la nueva embestida? ¿Seguirá siendo el país bastión de matones y demagogos? ¿Mujerzuela

del mejor pagador? ¿Trozo de carne disputada por los colmillos famélicos de la perrada?

¿Quiénes se animarán, en esta tierra, a conjugar el verbo «pensar»? ¿Quiénes a proponer y no a ordenar? ¿Quiénes a escuchar y ceder la palabra en vez de amordazar y vociferar su soliloquio? ¿Habrá sitio aún para la cultura de la libertad?

Los dedos sensuales del poder recorren ligeros los rostros de sus nuevos cortejantes. No se detienen en ninguno todavía. Van y vienen; juegan con ellos, los excitan. Ilusionan, sugieren, insinúan pero todavía no se definen y enloquecen de deseo a quienes se agolpan ávidos ante la promesa de sus caricias.

Hay un hombre, sin embargo, que no está en esa hilera de anhelantes. Ha perdido un empleo, un amigo en el exilio, un hijo en la guerra. Hay también una mujer que ha perdido todo eso y no está, sin embargo, en esa hilera de anhelantes. Y hay una muchacha y un muchacho que también han perdido casi tanto como eso y que tampoco están en esa hilera de anhelantes.

Son argentinos. Tienen la piel llagada por la amargura. Quien les hable sin tenerlo en cuenta no merece sino desprecio. Ellos son la semilla de una cultura posible. La raíz de la libertad necesaria. Son la entraña del país burlado y humillado por el autoritarismo.

Los ha marcado la desesperación pero están vivos. Los ha marcado el avasallamiento pero están vivos. Han visto sus facultades convertidas en campos de exterminio intelectual. Han visto sus lugares de trabajo convertidos en salas de tortura económica. Han aprendido, como los topos, a moverse sin luz durante largo tiempo pero con el fervor y la eficiencia que nace de la buena memoria y los mejores ideales. Privados de voz y derecho, son — pese a todo eso y por todo eso— el país. La Argentina eventual de la cultura en libertad.

1983

¿Qué hacer con el pasado?

Una concepción más que rudimentaria de la historia lleva a creer que una nación solo se extingue cuando desaparece materialmente de la faz de la tierra. Tal es el caso, según se dice, del antiguo Israel bajo la bota romana, o de la misma Roma bajo las huestes de Oderico.

Sin embargo, Israel sobrevive a su propia extinción territorial hasta renacer geográficamente dos mil años más tarde, y Roma deja de ser Roma mucho antes de que la espada germana corte el último eslabón unitario del Imperio. Es que, en rigor, las naciones condenadas a muerte suelen padecer formas más sutiles y complejas de extinción sin que, necesariamente, se desvanezcan los perfiles externos que les dan realidad geográfica o que permiten reconocer en ellas un remedo de vida jurídica.

Al igual que muchos hombres, ciertas naciones envejecen prematuramente y antes de alcanzar su plenitud ya se han marchitado bajo el peso de los desaciertos cometidos en su proceso de constitución. Es decir, que más que como naciones con pasado se las puede caracterizar como naciones del pasado.

Para que la tragedia sobrevenga, para que una anticipada senectud devore la imaginación vital de un pueblo, es necesario que en ese pueblo se atrofie el sentido de la orientación histórica que le dio origen; que malentienda las exigencias que, a cada paso, formula el presente; que ignore esa demanda de reactualización constante que garantiza, mediante el cambio, la prosecución en el tiempo de la propia identidad.

¿Y qué decir de la Argentina? ¿Somos aún una nación viva? ¿Pertenece todavía protagónicamente al mundo contemporáneo? ¿O somos, tan solo, una presencia hueca en la escena planetaria, mero volumen externo antes que significativo hecho espiritual?

Al discutido Ortega y Gasset le debemos esta certera reflexión: «Los pueblos que no digieren su pasado terminan devorados por él». Ella recuerda que el crecimiento de la identidad nacional es siempre producto de la conciencia histórica, del talento social para aprender de la experiencia y lograr que lo vivido se transforme en comprensión. Porque si la comprensión de lo vivido no sobreviene, el pasado se convierte en una celda que cuando no condena a la reiteración del error,

condena a la idealización de los aciertos del momento y, en suma, a la inmovilidad.

La contemporaneidad, esa sutil consonancia de la vocación afirmativa de un pueblo con la realidad, se logra cuando la identidad nacional reconoce los caminos que debe recorrer para que su proyecto de vida deje de ser puramente ideal. Este certero ejercicio de la libertad, al que Hegel llamó conciencia de la necesidad, distingue a los pueblos que atinan a comprender qué es lo que las circunstancias exigen hacer a cada paso. Ellos son los únicos que digieren su pasado; los únicos que, en rigor de verdad, construyen su historia sin ser destruidos por ella.

A tres lustros del siglo XXI, la Argentina sigue sin resolver sus problemas fundamentales del siglo XIX. Mientras las naciones más avanzadas del planeta se ven obligadas a preservar la naturaleza de los abusos del progreso tecnológico, nosotros seguimos estando a merced de la naturaleza en virtud de nuestra inoperancia para encontrar el cauce del desarrollo regional e integrado.

La interrupción del proceso de afianzamiento de las estructuras democráticas, con su secuela de autoritarismo, crisis económica y represión ideológica y cultural, no solo corta el flujo inmigratorio: llega, incluso, en nuestra época, a invertirlo. Nos convertimos en un centro promotor de la diáspora y dejamos de ser un ámbito que convoque, que aglutine y que concentre. Fragmentado, escindido por la feroz enajenación a que lo someten quienes se empecinan en concebirlo como suelo de pocos y expresión exclusiva de intereses sectoriales y elitistas, el país de los argentinos arrastra, sin resolver, disyuntivas de un pasado traumático, perdiendo —de este modo— transparencia ante los ojos libres del mundo y consistencia en sus propios habitantes.

La pobreza de la conciencia histórica nacional queda en evidencia cuando advertimos que, en lo que hace a la percepción de nuestro pasado, las mayorías siguen gobernadas por la primacía de las antinomias. El esquematismo que imponen los dogmas, la polarización inevitable que introducen las idealizaciones desmedidas y los mandatos ideológicos, nos fuerzan a concebir el ayer como una lucha maniquea entre probos y réprobos, santos y demonios, buenos y malos. Esta miopía perceptiva proyecta fatalmente sobre el presente su andanada de desaciertos y ejecuta sus burdas ecuaciones y sus divisionismos mezquinos: provincianos y capitalinos, civiles y militares, proletarios y burgueses, peronistas y antiperonistas.

Encorsetada por la estrechez de quienes pretenden manipularla, muchas veces la sensibilidad política de nuestro pueblo pierde capacidad y recursos para examinar a fondo sus circunstancias y reconocer los matices complejos y múltiples que definen el momento en que le toca actuar. Es evidente, en consecuencia, que solo si aprendemos a meditar nuestro pasado con decisión democrática, sin temor a las profanaciones aparentes,

podremos encarar el presente con la hondura que conviene. Se trata, por un lado, de impedir que sus desaciertos se repitan y, por otro, de lograr que los grandes ideales populares forjados en él puedan hallar el camino de su realización perdurable.

Solo si el pasado queda atrás —es decir, si se lo elabora y supera— tendremos el futuro por delante. Porque, en última instancia, la cuestión decisiva sigue siendo, tal como sostuvo Sartre, «no lo que el pasado ha hecho con el hombre sino lo que el hombre haga con lo que el pasado hizo de él».

1985